

COMUNICACIÓN Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA: CONSTRUYENDO SU
RELACIÓN DESDE EL EJERCICIO DE LA CIUDADANÍA

Autora:
Paula Melissa Delgado Cifuentes

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicador(a) Social
con énfasis en Periodismo

Director: Luis Fernando Marín

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE
CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
Bogotá, D.C.
2012

Reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana

Artículo 23

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia.

Tabla de contenido

Introducción	página 11
Los medios y la opinión pública	página 13
El caso colombiano	página 16
Las amenazas al periodismo regional en Colombia	página 17
Chile, otro caso emblemático	página 21
La construcción de ciudadanía.....	página 22
Comunicación y cambio social	página 24
Conclusiones.....	página 25
Bibliografía.....	página 28

Comunicación y democracia en América Latina: construyendo su relación desde el ejercicio de la ciudadanía

Palabras clave:

Comunicación

Democracia

Medios masivos de comunicación

Periodismo regional

Ciudadanía

Cambio social

Participación

Resumen: Este artículo reúne lo encontrado en una investigación y/o revisión bibliográfica realizada durante seis meses sobre comunicación y democracia en América Latina; pretende presentar perspectivas desde las que se ha abordado la relación entre los conceptos. A propósito de la importancia de la construcción de ciudadanía en nuestros pueblos, se analiza el rol de la opinión pública y los medios de comunicación haciendo énfasis en dos casos emblemáticos: Colombia y Chile. Presentando el panorama y los desafíos que esto supone, se proponen alternativas basadas en la comunicación para el cambio social que permitan, en vista del panorama actual, conseguir el fortalecimiento de la democracia.

Introducción:

Todos los procesos que la globalización ha traído consigo, han marcado las sociedades del siglo XXI. Las formas de expresión en todos los ámbitos –político, social, económico, etc- y las perspectivas desde las que se interpreta la realidad han sufrido cambios, en parte por “el avance de las tecnologías de información que causan un aceleramiento en cada una de las dimensiones de la vida humana” (Castells, 1996). Los interlocutores ahora somos tanto emisores como receptores; y entrando en el terreno de los medios, esto causó una ruptura en el paradigma que sirvió para crear grandes imperios de comunicación años atrás.

Si bien esta es una realidad innegable, que además de la inmediatez ha traído consecuencias positivas como la creciente inclusión de los espectadores en el origen y desarrollo de la información que circula diariamente, también es cierto que cada vez es más difícil encontrar herramientas que no hayan desviado su potencial hacia la simple y vertiginosa producción de información, y que permitan el fortalecimiento de la democracia; una democracia, no generada desde el poder o desde los desafíos del gobierno de turno, si no desde la iniciativa de individuos participativos que se unan con pares que tengan sus mismos intereses, un lenguaje común, para iniciar el proceso hacia una transformación.

Es por esto necesario analizar otras formas de comunicación alternas a la verticalidad y centralización de los medios; potenciar iniciativas que hasta ahora se van abriendo campo como opción de fortalecimiento de la democracia. Es necesario explorar e indagar formas de comunicación que nazcan de lo cotidiano y fortalezcan un verdadero sentido de la ciudadanía, más allá del enfoque procedimental de este concepto que hoy invade nuestros imaginarios.

Un verdadero ejercicio de la ciudadanía se logra a través de una comunicación horizontal y local, partiendo del auto-reconocimiento de las comunidades que pretenden generar discursos alternos al dominante, para proponer soluciones a sus propias necesidades. Se explicará más a fondo la pertinencia de intentos de comunicación local, comunitaria, participativa, que genere un cambio social desde la identidad de las comunidades.

En ese sentido, el siguiente artículo se propone responder los siguientes interrogantes ¿Por qué la comunicación que se plantea en medios de circulación nacional no permite el fortalecimiento de la democracia? ¿Cuál es la relación entre comunicación, ciudadanía y democracia? ¿Qué papel cumple en esos procesos la opinión pública? ¿Qué hacer entonces para fomentar el ejercicio de una ciudadanía participativa, que fortalezca la democracia, utilizando las valiosas posibilidades de la comunicación?

Los medios y la opinión pública

La complejidad del concepto de opinión pública radica, en parte, en la variedad de disciplinas o perspectivas desde las cuales se aborda su definición y sus funciones. No obstante, hay ciertas características que la mayoría de enfoques no dejan de lado. “La opinión pública es el modo mas o menos inorgánico pero permanente en que se expresa lo que un pueblo quiere y opina” (Brunner, p. 2, 1994). Las distintas opiniones y corrientes de información se interrelacionan para producir efectos entre gobernantes y gobernados; generalmente, este concepto se asocia a la comunicación política.

Otros enfoques más específicos aseguran que esas posiciones que se manifiestan por medio de la opinión pública, constituyen la base de todo gobierno democrático. “La democracia representa idealmente un gobierno de opinión” (Brunner, p.3, 1994). Si la opinión pública sólo existe en gobiernos democráticos, cabría entonces plantear: ¿hasta qué punto influye si esa opinión, en América Latina, es real o de alguna forma provocada?

Actualmente la formación de la opinión pública es tarea de los medios de comunicación. Como se sabe, esta es la forma más efectiva de producción de información, pues otros espacios de deliberación pública que existían anteriormente han perdido vigencia e importancia, y la desaparición de los límites entre emisores y receptores ha fortalecido esa idea. La internet, las redes sociales, y en general las herramientas tecnológicas permiten un *feedback* o retroalimentación de la información por parte de los espectadores; ellos van dando un giro a la información, van aportando en su construcción dejando de lado el concepto de receptores pasivos. Asistimos a una opinión pública interesada, que indaga, que interviene, que se cuestiona y cuestiona las fuentes de información.

Definitivamente la era en que los mensajes iban en una sola dirección -de los medios a los espectadores- ya no corresponde a la actualidad. Como se mencionó anteriormente, la centralización de las noticias está siendo cambiada por un público que se vale del poder de las herramientas tecnológicas para interactuar, y que está alterando la naturaleza del periodismo. Es un hecho que en nuestros días la audiencia participa en la creación de las noticias y tiene cada vez más acceso a otras versiones de los acontecimientos además de la que ve en los

medios. La democratización de la información a través de esas nuevas tecnologías, hizo que intenciones de favorecer algún actor social ya no impidan que la ciudadanía “interconectada” conozca otras versiones de los hechos, que si bien en muchos casos pueden no ser los verídicos, sí se generan debates y se enriquecen los puntos de vista. Esa bilateralidad de la información requiere que el periodista revalúe su labor social y las lógicas que priman en su trabajo. Tendrá que ser más riguroso en la búsqueda de la información y aplicar el método científico propio del deber ser del oficio. La creatividad de forma y fondo al presentar los mensajes también darán un valor agregado a la información periodística sobre la que hacen circular los ciudadanos del común.

El periodista francés, experto en medios digitales, Jean Francois Fogel, asegura que en el periodismo latinoamericano se han vivido tres etapas con la llegada de las TIC (tecnologías de la información y la comunicación): la primera fue cuando “los medios tradicionales pusieron en línea sus contenidos y se vanagloriaban de haber encontrado otro canal de distribución”. En la segunda etapa entra Google y “vuelve a la gente dueño del juego, ahora el público puede buscar lo que quiera en la red”. La tercera etapa es donde surgen las redes sociales, la movilidad y portabilidad de las herramientas tecnológicas que permiten una gran circulación de información.

Sin embargo, hay factores que obstaculizan el conocimiento de la verdad de los acontecimientos. En un país como Colombia, la libertad de empresa se ha confundido con la libertad de prensa, y esto ha sido fundamental en la configuración de la opinión pública. Los medios masivos de comunicación crean una realidad a partir de otras realidades. Los espectadores opinan y crean consensos con base en lo que perciben a través de los medios masivos de comunicación. No en vano se ha insistido en la imposibilidad de que los profesionales de la información ejerzan un periodismo objetivo, pues hay cargas, como la cultural, de las que no es posible desprenderse. Sin embargo, es claro que no podría ser esta la justificación de la influencia de los medios en las formas de pensar e interpretar de los receptores. Si bien es cierto que hay una mayor eficiencia en la transmisión de noticias, el afán desmedido por rendir culto al rating y a llevarse la primicia, afecta la calidad de la información, y en efecto, la formación de la opinión pública.

La lógica empresarial de los medios es lo que prima a la hora de formar la opinión pública; no se configura con base en información veraz suministrada por un periodismo riguroso. No hay espacio o tiempo al aire suficiente para llevar a cabo investigaciones periodísticas a profundidad. Confrontar y analizar no parece ser necesario para una opinión pública bien informada y la imparcialidad parece ser tan utópica como la objetividad.

Este panorama es aún más preocupante si se tienen en cuenta los temas que hacen parte de la agenda actualmente. Las guerras y la corrupción, por citar algunos ejemplos comunes en América Latina, necesitan un tratamiento cuidadoso: esto supone un gran reto para los informadores, que no están asumiendo.

A pesar de esta realidad, es posible que la información sirva de base a una opinión pública activa, en constante construcción, que se inquiete por la verdad detrás de las realidades que hasta cierto punto crean los medios de comunicación. Para esto se requiere mucho más que la cantidad de datos que recibimos diariamente.

A este respecto, el investigador y académico chileno José Joaquín Brunner establece que la comunicación debe generar un público informado, y para que esto ocurra se requiere en primer lugar que la información sea producida y transmitida “sin cortapisas de ninguna naturaleza; por lo tanto, sin censura previa de autoridad o menoscabo del derecho a informar. Se requiere una infraestructura de medios que alcance a todo el territorio nacional y que no excluya a nadie del ejercicio de su derecho a la información” (Brunner, p.5, 1994).

Esta “democratización” de la información requiere además que exista una diversidad de medios y canales de transmisión, pues no puede haber sesgos sino que debe haber suficientes puntos de vista. Cabe entonces aclarar que “no puede existir una democracia auténtica allí donde la opinión pública, no deriva en, y se apoya en, una estructura policéntrica de los medios de comunicación y el interjuego competitivo de estos”. Se necesita también la existencia de públicos “dotados de capacidades cada vez más elevadas de recepción e interpretación de la información disponible, por tanto, con niveles de educación que aumenten progresivamente, de forma tal de mantener un adecuado equilibrio entre la abundancia de mensajes y su efectivo procesamiento y uso por parte de las personas” (Sartori, citado por

Brunner, 1994). A este respecto, Bill Kovack y Tom Rosenstiel, dos periodistas estadounidenses de larga trayectoria y autores de “Los elementos del periodismo”, aseguran que esto permitiría que cada individuo sea capaz de ser libre y autogobernarse.

Se requiere también asegurar la calidad de la comunicación política, lo cual continúa encaminando la discusión hacia los profesionales de la información que de ello se encargan. La información no veraz disminuye la efectividad entre gobernantes y gobernados y por lo tanto afecta el curso de las políticas, sin importar de dónde provenga la intención del sesgo.

Esta breve muestra de las conclusiones encontradas, a propósito de la opinión pública, permite afirmar que en el contexto actual latinoamericano la información como base de una opinión pública que apoye el ejercicio de la ciudadanía (concepto a desarrollar más adelante), es sólo un ideal. Y teniendo en cuenta que la participación de los espectadores va a ser cada vez mayor, los retos para un buen periodismo también crecen: “El periodismo es una voz independiente, que se expresa sobre asuntos públicos de la sociedad y que no lo hace por un interés económico o buscando el resultado propagandístico. Esta voz, si es de calidad y si sabe escuchar a la audiencia y responder a ella, se va a mantener. Si no, está condenando a desaparecer”. (Semana, 2012, 2 – 9 de abril, p. 38).

El caso colombiano

Habiendo planteado algunos beneficios que aportan las nuevas lógicas de la información, se hace necesario para hablar del caso colombiano aclarar la marcada diferencia entre los medios masivos con presencia en las capitales y los medios regionales a los cuales factores económicos y de seguridad, por estar muchos de ellos en zonas de guerra, impiden aportar a la creación de comunidades informadas.

En las ciudades, una de las amenazas más notorias para la información es el monopolio que se ha creado a su alrededor y que cada vez ha cobrado más fuerza. El ejemplo más actual es la compra de la Casa Editorial El Tiempo, a la cual pertenece el diario de mayor circulación en el país, por parte de la organización OLCSAL. Luis Carlos Sarmiento Angulo, su creador y propietario, es el hombre más adinerado del país y tiene empresas en el sector bancario,

inmobiliario, de energías y gas, minero, hotelero y de agroindustria. A este respecto, María Jimena Duzán, periodista y columnista de la revista *Semana* asegura:

“Esa concentración de poder, en un país donde los medios se cuentan con los dedos de la mano, no es la noticia más alentadora y sus repercusiones para el ejercicio del periodismo pueden ser muy serias (...) cuando un millonario compra un medio no lo hace por simple filantropía ni por hacer patria, como ellos lo afirman con frecuencia, sino porque le da un poder que les permite blindarse de sus posibles escrutadores. (...) Los periodistas de *El Tiempo* tendrán que escribir a sabiendas de que todo lo que abordan está relacionado con el dueño” (Duzán, 2012, 26 de marzo – 2 de abril, p. 32)

Hay quienes aseguran que el poder económico de Sarmiento Angulo no afecta la independencia y la libertad de expresión de los periodistas que trabajan para el medio, como la periodista María Isabel Rueda, columnista del diario en cuestión, quien asegura que si otras familias poderosas como los Ardila Lülle (propietaria de RCN radio y televisión con negocios en bebidas, textiles, azúcar y un equipo de fútbol, entre otros) y los Santo Domingo (con presencia en el sector cervecero y en medios como el diario *El Espectador* y *Caracol Televisión*), no han hecho que se acabe la libertad de expresión en Colombia, ahora no va a ocurrir gracias a Sarmiento Angulo. Este dilema del tratamiento de temas que en su desarrollo puedan diferir con los intereses del medio para el que trabajan, es también frecuente para los periodistas que ejercen en las zonas rurales, siendo este factor, más claramente en las regiones que en las ciudades, un silenciador.

Las amenazas al periodismo regional en Colombia

Esa dificultad al cubrir ciertos temas a causa de los intereses del medio, hace parte del gran obstáculo para el ejercicio de un periodismo eficiente en las regiones colombianas: la autocensura. Si bien no es fácil dar una definición sobre el término que represente un consenso, es claro que el temor de los periodistas por su seguridad y la falta de garantías laborales son los factores más relevantes que amenazan la calidad de la información.

Una generalidad en los textos que se refieren a la autocensura en Colombia es la presentación de testimonios de periodistas que sufren estos impedimentos para el ejercicio del oficio, pero en la mayoría de los casos no lo aceptan como un problema evidente. El hecho de que este no sea un fenómeno explícito en la realidad del cubrimiento periodístico en las zonas rurales del país, y que sólo salga realmente a flote cuando los periodistas se sienten a debatirlo, facilita la labor de quienes quieren acallarlos, y por tanto impide, de igual forma, un seguimiento juicioso del tema.

Las cifras oficiales hablan de la evidente disminución de periodistas asesinados; diez comunicadores en 2002, mientras que en 2010 fue asesinado uno. Sin embargo, quienes son silenciados se hacen notar cuando en sus productos periodísticos se evidencia la falta de rigor con la que informan al resto del país lo que ocurre en sus zonas de trabajo. Fenómenos como la corrupción, los ataques de grupos criminales, el desplazamiento y todas las problemáticas que aquejan al país principalmente en las regiones, no se conocen por publicaciones elaboradas por periodistas que lo viven día a día. Y si bien es cierto que ningún tipo de información vale una vida humana, no se debe confundir la autorreglamentación de la información con la autocensura. Expertos en el tema aseguran que para poder distinguir la línea de división hay que “pisar terreno firme”, tener pleno conocimiento del panorama sobre el que se pretende informar o investigar.

Además de las amenazas contra sus vidas, las condiciones laborales y la falta de recursos de los medios, reducen el espacio y la calidad de las noticias. Estos periodistas terminan haciendo acuerdos comerciales con la información que debería ser totalmente independiente. En regiones como Cauca, Chocó y Putumayo, la pauta publicitaria la otorga el Estado, razón por la que algunos medios evitan hablar de temas que toquen las fibras de la relación con sus financiadores.

“Los habitantes locales no reciben información sobre clientelismo, conflicto armado en zonas rojas, narcotráfico y su relación con la política, pandillas urbanas, fuerzas militares, parapolítica, grupos armados y bandas criminales, amenazas, problemas del medio ambiente, población homosexual, financiación de campañas políticas,

despojo de tierras a campesinos, mal servicio de salud, corrupción judicial, niños vinculados al conflicto o asesinatos extrajudiciales” (Guerrero, p. 15, 2010).

El éxito de la autocensura para quienes la ejercen radica en que ese silencio queda instalado en lo más profundo de la conciencia del periodista; de allí se difunde de manera automática, simplemente se sigue ejecutando. Esta situación se fortalece cuando los periodistas ven la impunidad que reina en los crímenes contra sus colegas. “Como este es un mecanismo instalado en el interior del comunicador, sin necesidad de que nadie se lo recuerde en cada momento, se cree que no existe, que no es tan grave, que no perjudica a nadie” (Guerrero, p. 44, 2010).

A este respecto el experto en ética periodística y miembro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Javier Darío Restrepo, asevera que “el manejo político de la pauta publicitaria oficial es la más eficaz de las censuras porque se instala en el corazón mismo de los intereses del periodista (...) desde los despachos oficiales se está activando el más eficaz y destructor atentado contra la dignidad de la prensa y contra el derecho a una información libre”.

Además del dilema de la integridad del periodista y la de su familia, con esta problemática se juega el derecho de la sociedad a estar bien informada y por lo tanto a tomar decisiones democráticas. Es así como se va configurando una idea generalizada de la realidad totalmente equivocada, llena de negaciones, silencios y omisiones.

Los periodistas ya no son el garante del derecho a la información que le pertenece a la ciudadanía. El pensamiento tergiversado sobre el deber ser del periodismo en la sociedad, tal vez a causa de la justificada y generalizada falta de confianza en los medios, hace que la sociedad deje en manos de los comunicadores el problema de carencia de garantías para informar. El conocimiento parcial de lo que realmente ocurre en el país trasciende las amenazas al periodismo, pues una sociedad conformista ha ido dejando que se forme una cultura de indiferencia. No hay conciencia sobre la necesidad de una información independiente y pertinente para poder asumir posiciones críticas. Esto ha marcado la construcción de ciudadanía en América Latina, muchos creen que su papel en la democracia no va más allá de un enfoque procedimental, de ejercer el derecho al voto, por ejemplo.

Ese conformismo además dificulta la construcción de la memoria histórica. ¿Cómo construimos un presente democrático ejerciendo y configurando nuestra ciudadanía, sin tener memoria? “No nos podemos olvidar del pasado, como si el momento que vive el país fuera fruto del presente. Si no tenemos la historia en la cabeza, las noticias nos atropellan y nos pasan por encima” (Guerrero, 2010, p. 49). El periodista que no tiene memoria, que no conoce la historia, fácilmente da despliegue a un tema con intereses oscuros sin ser consciente de ello; y un pueblo sin memoria está condenado a repetir los capítulos dolorosos de su historia.

En vista de la evaluación de la situación, La Fundación para la Libertad de Prensa ha resumido algunas de las recomendaciones para que la autocensura no siga persiguiendo a los periodistas regionales:

-Buscar mecanismos para una redistribución equitativa de la pauta oficial. Las agremiaciones periodísticas deberían encargarse de distribuir la pauta y no los mandatarios regionales.

-Hay periodistas que sugieren la creación de una asociación de medios comerciales que haga las relaciones con los clientes publicitarios que libere a los periodistas de estas funciones que nada tienen que ver con su deber.

-Otra solución podría ser el trabajo periodístico en grupo que pueda ser financiado por entidades nacionales e internacionales patrocinadoras de investigaciones, como ha ocurrido con las becas de investigación periodística que ha otorgado la Fundación Avina, que lidera proyectos de desarrollo sostenible en América Latina.

-Otra modalidad, que tiene antecedentes en las ciudades, es la publicación conjunta, donde se plantea en la agenda de los medios el mismo tema. En las regiones es posible conformar equipos investigativos de medios afines y hacer el cubrimiento en equipo. Uno de los desafíos que esto supone es ir más allá de conseguir la chiva y competir con el otro, y generar una especie de solidaridad gremial. Los profesionales del periodismo en las regiones ya no estarían a la espera de saber los temas que se manejan en los medios de las grandes ciudades para desarrollar su agenda.

-Que los periodistas envíen sus temas trabajados a colegas que laboran en los medios de mayor envergadura, y tengan mayor posibilidad de publicarlo sin sufrir consecuencias por parte de los violentos, es otro desafío para romper la autocensura y hablar de los temas que la ciudadanía necesita conocer. Esto requeriría un cambio de mentalidad. Ya no importa quién hace la denuncia sino que efectivamente se haga.

Chile, otro caso emblemático

La dictadura que vivió este país en cabeza de Augusto Pinochet de 1973 a 1990, como otras en América Latina, claramente coartó la libertad de prensa. La mayoría de los medios que surgieron para cuestionar la situación política del país durante ese periodo, desaparecieron principalmente debido a la falta de solvencia económica. Hay quienes afirman que los periodistas chilenos siguen viviendo los estragos de la dictadura en muchos aspectos. El informe anual de 2010 de Reporteros sin Fronteras asegura que la desclasificación de archivos militares sobre algunas operaciones represivas, llevadas a cabo en los años de la dictadura, hasta la actualidad sigue causando sobresaltos a los periodistas.

En 2011 distintos sectores de la sociedad se manifestaron a través de 500 protestas aproximadamente que se registraron en Santiago de Chile, luego de que Sebastián Piñera se posesionara como presidente a finales de 2010. A raíz de la difícil situación de orden público, un proyecto de reforma al código penal chileno planteaba la obligación de los periodistas a entregar a la policía imágenes, videos, o cualquier material registrado durante las manifestaciones.

A las cuestiones políticas se suma un factor común entre Chile y Colombia que parece ser la problemática más amenazante para el periodismo, y en consecuencia, para la democracia: la falta de pluralidad en los medios. Dos grupos monopolizan el 95 por ciento de la prensa escrita en el país: el grupo español Prisa es dueño de un poco más del 50 por ciento de las frecuencias radiofónicas, y el grupo El Mercurio posee 21 periódicos regionales. Según Roberto Silva, director del periódico El Observador, periódico de la región de Valparaíso, “sólo existen

quince medios gráficos viables en las doce regiones de Chile, y de esos, solo cinco tienen solvencia e infraestructura para competir con los periódicos regionales de El Mercurio” (Open Society Institute, 2008, p. 120). Por otro lado está Copesa, editor del diario La Tercera y de tres revistas. “Ambos son los destinatarios en exclusiva de las subvenciones estatales que instauró la dictadura –de hasta cinco millones de dólares anuales–”. (Informe anual Reporteros sin Fronteras, 2011).

Periodistas chilenos coinciden en que es muy poca la información que se recoge en los medios sobre la situación en la Araucaria, por ejemplo, donde la comunidad Mapuche, originaria de la región, reclama tierras que según ellos les pertenecen, además del reconocimiento del derecho de autodeterminación que les corresponde en su calidad de pueblos, según la Carta de Naciones Unidas. La contra parte del conflicto son los grupos agroindustriales pertenecientes a poderosas familias propietarias de tres millones de hectáreas, cinco veces la superficie de tierra que hoy tienen los mapuches. Las demandas de esta comunidad giran en torno a una autonomía jurisdiccional, la recuperación de tierras y la identidad cultural.

Dicho esto, es necesario mencionar el rol que cumplen los gobiernos de izquierda en el continente con respecto al fenómeno de privatización de medios al que asistimos. Si bien su pretensión es contrarrestar esa monopolización, volver público lo que está en manos privadas, la discusión se sigue reduciendo, pues el debate sobre comunicación desde lo político (referente a los gobiernos de izquierda), está determinado por los medios masivos. Atacar los medios privados, construir medios estatales, posicionarse en cuanto al respeto o no por la libertad de prensa, son las acciones que limitan la construcción de la verdadera democracia. Se habla sólo de estos temas al indagar por la comunicación desde algunos de nuestros gobiernos.

La construcción de ciudadanía

Más allá del reconocimiento de los conflictos que aquejan al continente en la construcción de su democracia en relación con la comunicación y el periodismo, es necesario resaltar la importancia de explorar herramientas a las que todos tengamos acceso y que nos permitan generar desarrollo desde la participación.

Alternativas de comunicación que surjan desde el pleno ejercicio de la ciudadanía son indispensables para fortalecer la democracia. La ciudadanía en nuestros días se configura en gran parte desde la opinión pública. Se debe rescatar que el ejercicio real de la ciudadanía implica un sentido de pertenencia. Como afirmaba el filósofo suizo Jean Jacques Rousseau, el ciudadano debe diseñar modelos racionales de justicia; Se une “la racionalidad de la justicia con el calor del sentimiento de pertenencia”.

“Votar es ejercer la ciudadanía”, dicen algunos. Esta perspectiva de la democracia pasa por alto los niveles de corrupción presentes en ese proceso. El ideal de democracia supone la soberanía de un pueblo que entrega el poder temporalmente a quienes representan sus intereses. La democracia real supone tensiones y oposiciones y es distintísima a la ideal, brecha que distintos autores desde diferentes disciplinas han pretendido resolver.

Es cierto que el derecho al voto es una parte relevante del ejercicio de la ciudadanía, pues allí se ha demostrado la mal-información y la falta de construcción de memoria de nuestras sociedades al no saber elegir, en muchos casos, a nuestros gobernantes. No obstante, la participación es una de las características que se definen como necesarias para la democracia. Eso supone un giro hacia una democracia participativa, que rescata y valida la capacidad de los ciudadanos para organizarse e incidir directamente en decisiones que competen a toda la comunidad.

Una democracia de calidad incluiría competencia política, inclusión de todos los miembros de la sociedad en la toma de decisiones, una Constitución que incluya los derechos humanos y los controles al poder, rendición de cuentas, entre otros. (Isaza, 2010, p. 8), pero el accionar público tiene deficiencias, como los vicios de la cultura política que en muchos países naturalizamos con nuestra forma conformista de ver el mundo.

La disposición de crear acciones que integren a todos los miembros de una comunidad se sumará a los esfuerzos por crear sociedades democráticas, basadas en la comunicación, creando así instituciones y costumbres para discutir diferencias y posibilitar la facilidad de llegar a consensos.

Comunicación y cambio social

A pesar de que al indagar sobre la relación entre comunicación y democracia pareciera que comunicación necesariamente significara medios masivos, hay ciertas experiencias recogidas en textos de comunicación para el cambio social que definitivamente hacen más por la democracia que los medios masivos. Hay, por ejemplo, medios alternativos en las regiones (canales y emisoras comunitarias) que posibilitan eso que parece ser una guerra perdida de darle voz a los que no la tienen. Allí las comunidades se reúnen a deliberar sobre sus necesidades a partir de su propio reconocimiento, y a generar contenidos que les permitan expresarse para encontrar soluciones. La participación comunitaria es una constante.

“La comunicación para el cambio social es “un proceso de diálogo y debate, basado en la tolerancia, el respeto, la equidad, la justicia social y la participación activa de todos” (Pereira, 2011). Estos intentos de comunicación implican “principalmente su intervención educadora y dirigente en el seno mismo del pueblo, contribuyendo activamente a que las clases subalternas tomen conciencia crítica de sus propios horizontes culturales. Su eficacia es la promoción de las clases populares hacia la libertad política y social, respetando su sistema de auto-identificación” (Grinberg, 1986)

El Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21 es uno de los ejemplos representativos y uno de las pioneras en el tema. Creado en 1994, este colectivo ha logrado generar identidad y participación de toda la comunidad en una zona tan golpeada por la violencia en Colombia como El Carmen de Bolívar. En 2003 ganó el Premio Nacional de Paz por sus aportes a la formación integral de nuevas generaciones donde prima la reconciliación y el proceso de reconstrucción. Este caso ejemplifica cómo la comunicación para el cambio social es una iniciativa desde las mismas comunidades para resolver los problemas que según su consenso, los aqueja y hablar de los temas de su interés.

Este empoderamiento de la sociedad civil conlleva una transformación en la vida de un grupo de acuerdo a sus propios parámetros establecidos. “Busca especialmente mejorar las vidas de los grupos marginados (tanto política como económicamente), y está guiada por los principios de la tolerancia, auto-determinación, equidad, justicia social y participación activa de todos”.

(Obregón, 2009, p. 2) Hay otro concepto que necesariamente emerge en el panorama si la ciudadanía se empieza a ejercer de una forma integral: el desarrollo, el cual “es propio a todas las acciones internas y externas que los humanos emprenden cotidianamente con el objeto de alcanzar un estándar de vida que satisfaga sus ideales de existencia” (Obregón, 2009, p. 2)

Colombia tiene otras experiencias alentadoras a nivel local con los “Pactos de Transparencia”, es decir, el proyecto de gobiernos municipales y provinciales para que, al menos en un caso, se incluyera un compromiso específico por la transparencia en la contratación de publicidad oficial. (Open Society Institute, 2008, p. 121).

Existen además estrategias y espacios de movilización y articulación ciudadana para promover la inclusión social, que no necesariamente tienen que ver con medios masivos pero que fortalecen una comunicación a menor escala, que va generando un cambio social. Sólo por mencionar un ejemplo, existen fundaciones y organizaciones medio ambientales que luchan por crear consciencia a través de la intervención de espacios como pequeños bosques o humedales. Iniciativas como ésta definitivamente marcan el inicio de un nuevo panorama, hacen la diferencia y van creando un camino contra la indiferencia.

Conclusiones

La libertad de prensa está sobrepasando la responsabilidad social de los medios, y el periodismo debe contribuir a que los ciudadanos vean con claridad las distintas versiones de la realidad y saquen sus propias conclusiones y opiniones críticas. La construcción de ciudadanía y fortalecimiento de la democracia desde los medios presenta serias falencias; es por esto que la independencia de la comunicación se está perdiendo a través del periodismo como se ejerce en América Latina actualmente, se está perdiendo el valor mismo de la comunicación.

El hecho de que la tendencia en la relación comunicación y democracia sea formalista, es decir se reduce al debate de la libertad de prensa, quiere decir que este es un tema sensible. Pero para ampliar el debate se necesita el interés de los mismos ciudadanos de generar un discurso desde las oportunidades de la comunicación, que funciona mejor cuando hace parte de intentos de comunicación alternativa; intervenciones sociales que pretenden generar un cambio en las

mentalidades y en los estilos de vida. El real ejercicio de la ciudadanía manifestado en iniciativas de transformación a todos los niveles, es la solución a la homogenización hacia la indiferencia.

La efectividad de la construcción de la democracia radica en iniciar ese proceso encontrando colectivos con un lenguaje y unas necesidades comunes que generen un discurso propositivo. Los intentos de comunicación alternativa tanto a menor como a mayor escala, constituyen el arma más práctica y eficaz del desarrollo.

El ejercicio participativo de la ciudadanía genera y/o fortalece la comunicación necesaria para una plena democracia. Es necesaria esa nueva plataforma de comunicación en la que se de apertura a nuevos actores, sin embargo, la educación es el verdadero desafío, recuperar una comunicación horizontal, que permita a los individuos y colectividades incidir en la toma de decisiones en los aspectos que les compete.

Necesitamos una construcción de ciudadanía de abajo hacia arriba, generar verdaderos procesos de comunicación, no quedarnos en la circulación de información: “comunicar es compartir significados mediante el intercambio de información” (Castells, 2009). Hay que construir la democracia dándole valor político a esos intentos de comunicación local participativa, que sitúe a los individuos en la realidad de las necesidades de sus comunidades, pues actualmente esas iniciativas comunitarias parecen ser un ruido alterno al discurso dominante. La democracia no puede seguir siendo algo ajeno a la cotidianidad de los ciudadanos, no puede seguir relacionándose simplemente con una forma de gobierno, así como el concepto de ciudadanía no puede seguir relacionándose con procesos electorales, ni el concepto de comunicación puede seguir reduciéndose a medios masivos.

Por otra parte, habiendo revisado la bibliografía existente sobre los temas afines a este artículo, es posible afirmar que falta investigación que muestre la relación de los conceptos de democracia y comunicación como clave en la construcción de la ciudadanía no pasiva, marcada por la participación y la deliberación. Se está suplantando esa ciudadanía con intentos de comunicación local, comunitaria, barrial, que si bien generan un aporte valioso, son

secundarias a la comunicación vertical centralizada de los medios masivos. Se necesita superar la lucha de lo público y lo privado que los gobiernos de izquierda han ayudado a acentuar.

Con respecto a la tecnología, para el periodismo el dilema radica en comparar la participación con la calidad de la información, o tomarlo como una ventaja para exigir mayor calidad en su trabajo y aportar el método científico que el ciudadano no conoce por más herramientas tecnológicas o conectividad con las que cuente. Con participación y rigurosidad se evitará que la inmediatez desafíe la construcción de opinión pública. “Necesitamos una nueva pedagogía, basada en la interactividad, la personalización y el desarrollo de la capacidad de aprender y pensar de manera autónoma” (Castells, 2001). La ‘conquista democrática’ que se pretende es la base de una transformación social.

Bibliografía:

Kovack, B. y Rosenstiel, T. (2003). *Los elementos del periodismo*. Madrid, El País.

Castells, M. (1996) *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, estructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid, Alianza Editorial.

Castells, M. (2001) *La galaxia internet*. Madrid, Plaza y Janes editores.

Duzán, M. (2012, abril) “El tiempo de Sarmiento”, en *Semana*, núm. 1560, p. 32

Grinberg, S. (1986) *Comunicación alternativa y cambio social*. México D.F, Premia editora de libros S.A.

Guerrero, A. (2010). *País lejano y silenciado. Autocensura y prácticas periodísticas en el periodismo regional*, Bogotá, Fundación para la libertad de prensa – FLIP y Medios para la paz – MPP.

Isaza, C. (2010, marzo), “Calidad de la democracia, el horizonte de la ciudadanía” en *Revista Javeriana*, núm. 762, 2010, p. 8

Mk Keon, R.(1956)*Problems of communication in a pluralistic society*. The Marquette University Press, Milwaukee.

Open SocietyInstitute (2008). *El precio del silencio. Abuso de publicidad oficial y otras formas de censura indirecta en América Latina*, Buenos Aires, Open Society Institute.

Pereira, J (2011). *Comunicación, desarrollo y cambio social. Interrelaciones entre comunicación, movimientos ciudadanos y medios*. Bogotá, Catedra Unesco de comunicación.

Semana (2012, 2 – 9 de abril), “La prensa de América Latina vive los años dorados”, núm. 1561, p. 38.